

FILMS DE AMOR

Canción de Amor



Núm.
183

25
CTS.

DRIA PROLÀ - ELIO STEINER

Risas juveniles llenaban aquella tarde un ápico merendero de las cercanías de Roma. El bullicio y la algazara triunfaba y entre las parejas reinaba un solo dios, el amor. Eran los estudiantes de música que celebraban que su compañero Enrique había conseguido, tras duros exámenes, el título de Maestro Compositor. Vasos, copas, cubiertos, todo formaba como el instrumental vibrante de una alegre orquesta, acompañando las exclamaciones de jubilo y los chistes que se cambiaban entre los comensales.

Las más gentiles alumnas del conservatorio y los más galantes jóvenes salidos de las aulas, formaban encantadoras parejas, que discurrían por aquellos bosques, que enmarcan la belleza soberana de la Ciudad Eterna.

Enrique, que así se llamaba el homena-

jeado, podía hacer gala de una belleza varonil que le granjeaba en el acto la simpatía de las mujeres. En realidad, en torno de la mesa que había servido para el convite iba a tener lugar un reñido combate amoroso. Ana y Lucía se disputaban el amor del joven compositor, que era ya una esperanza del arte.

A la hora de los brindis, el buen humor destapóse al mismo tiempo que las botellas y se levantaron las copas para que el éxito fuera el preludio de su felicidad. Enrique vióse obligado, para corresponder, a cantar una de sus últimas canciones dedicada a Lucía, el amor de sus amores... pero Ana, que se moría de celos y tenía la rabia dibujada en su semblante, hubo de contestar cuando se apagó el eco de los aplausos con que fué acogida la composición musical.

—¡Bah...! Lucía se pone muy contenta por la canción que Enrique le ha dedicado y que lleva su nombre... pero cuando yo era su novia me dedicaba por lo menos una cada dia... y aquello sí que era música aprovechada...

Pero la canción tenía en sus notas una emoción tal, una sinceridad que llegaba al alma, demostrando que la había inspirado un verdadero amor...

Aun debía soportar Ana más bromitas que hacían referencia a sus truncadas ilusiones amorosas. Aplaudieron los más y la obligaron

a que subiera a la mesa solicitando de ella que cantara, ya que de todos eran sabidas sus pretensiones de tiple...

Quieras que no, ya tenemos a Ana luciendo su esbelta figura y su rubia cabellera sobre el tablado improvisado. Pero no pudo cantar, los celos ahogaban la voz en su garganta y solo pudo decir dirigiéndose a los bromistas:

—Os creéis que tengo celos, que estoy disgustada. No, pronto cantaré en la Ópera y seréis vosotros los primeros que vendréis a aplaudirme y pedirme un vale para entrar sin pasar por taquilla...

Pero Guido, uno de los estudiantes más humoristas, al que las gafas daban un leve parecido con Harold, se acercó a Lucía y a Enrique, que formaban un grupo encantador, y tomando una improvisada corona de follaje, les dijo, al mismo tiempo que solemnemente la colocaba sobre la cabeza de los enamorados:

—Os declaro unidos en el Arte y en el Amor...

Luego, el grupo se deshizo y las parejas fueron a vagar bajo las verdes palmas que rodeaban el merendero.

Lucía y Enrique subieron a un árbol y nunca la palabra nido de amor pudo aplicarse con mayor propiedad. Escuchemos su diálogo y penetraremos las inquietudes de sus almas.

—¿Estás contenta, Lucía? Mi carrera, fru-

to de mis intensos estudios, es ya una garantía de nuestro brillante porvenir...

—Sí, estoy orgullosa de ti; pero lamento que dentro de unos días me abandonarás... y tal vez me olvides. Enrique, serán tántas las cosas que llamarán tu atención al luchar por tu porvenir...

—Lucharé por nuestro porvenir... Además, mis padres me esperan y quieren celebrar también el final de mi carrera... y tu, ¿nos has de ver a tu madre, que también te estará esperando...?

—Júrame que no me olvidarás—dijo Lucía pensativa, con la nostalgia que invade el corazón de los enamorados, a la hora de las despedidas...

—Sí, Lucía—contestó Enrique—; esta canción que acabo de dedicarte será para mí una evocación constante de tu imagen inolvidable...

Cesó la fiesta, las parejas abandonaron sus refugios momentáneos y la alegre comitiva, dispersóse, aspirando el aroma del anochecer... era aquella la tierra de la belleza, el arte y la poesía.

Mas poco había de sospechar Lucía que el destino, en la sombra, afilaba la negra garra con que había de herirla. Al llegar a su casa encontró un telegrama del ama de llaves de su madre, que tenía todo el laconismo de las grandes tragedias:



Vió a un niño de pocos meses..

"Urge su venida; mamá ha muerto."

Rápidamente preparó su equipaje y a las pocas horas se hallaba ante la concreción de lo inevitable. La casa vacía y solo la buena ama de llaves para enjugar su llanto y escuchar sus desgarradores lamentos...

La cama estaba vacía. El entierro había tenido lugar inexorablemente unas horas antes, las mismas que ella empleara en el vagón del ferrocarril, cuando aún creía llegar a tiempo.

Algo repuesta del disgusto, llamó la atención de Lucía la presencia de un niño de pocos meses, que ajeno a su propia tragedia, yacía en la cuna.

—...Y este niño, ¿de quién es...?

—De su mamá, señorita...

—Pero es imposible—dijo Lucía, a la que el golpe, por lo inesperado, había causado profundo estupor...

—Sí, señorita; no la juzgue severamente... Amó y fué amada, pero el hombre que la unió a su vida fué objeto de desgraciados negocios y perseguido por los acreedores, hubo de huir a tierras del Brasil... Ella siempre quiso que usted no supiera la verdad...

—¡Mamá... mamá!—solo pudo articular Lucía...

Las solicitas palabras de la bondadosa ama de llaves volvieron la calma a su espíritu y

sin decir una palabra, púsose, acto seguido, a preparar el desocupo de la casa...

—¿Pero qué hará usted sola y sin medios?
—inquirió el ama de llaves.

—Venderé los muebles—replicó Lucía...

—Pero si su madre los había vendido ya, para poder pagar los estudios de usted en el Conservatorio... no puede usted disponer de ellos...

—Pues entonces, trabajaré para educar a Nini con el producto de mi trabajo. Además, tengo un novio en Roma... me ama y nos casaremos; es un gran artista, un buen compositor...

—¿Pero un niño sin nombre, no será aca-
so un gran obstáculo en su vida?

—¡No importa; por nada del mundo me separaré de este pequeño, al que mi madre debía amar tanto...!

Fiel a sus palabras, Nini buscó y obtuvo en una casa de discos un empleo apropiado a sus dotes de conocedora de la música. Era una de tantas encargada de la venta de discos, que probaba ante los parroquianos. Así podía hacer frente a la lucha por la vida.

A los pocos días de su llegada, Lucía fué a ver a su novio, al que encontró en agradable compañía. Aun le duraba a ella el cansancio del viaje y su alma acusaba todavía el fuerte golpe recibido.

—Lucía, ¿tú aquí?—dijo Enrique, con-

ento de verla, pero sintiendo también que la joven lo encontrara en un ambiente de fiesta...

—Sí, pero por mí, continua la fiesta con tus amigos y tus amigas...

—No lo interpretes mal, estoy celebrando que voy a emprender una tournée para dar a conocer mis obras, que ejecutará una orquesta que he formado y las cantará Ana, a quien ya conoces...

—¡Ah!, sí, Ana; recuerdo que estaba celosa de mí cuando yo te hablaba...

—Sí, esa misma es, pero nada temas, te amo... tú vendrás... viajaremos siempre juntos, sin que nadie ni nada nos estorbe, puesto que tu madre ha muerto... y luego un pequeño ser, todo nuestro, vendrá a llenarnos de alegría y completará nuestra felicidad.

—No, Enrique; mi vida ha sufrido un gran cambio, tengo otro amor... algo que no puedo contarte...

—Es imposible, Lucía; no puedo creerte...

—Sí, es cierto; otro amor, otro amor—dijo así maquinalmente Lucía, mientras herían sus oídos los ecos de la fiesta...

En vano trató de retenerla Enrique, ella se desasió de sus brazos y desapareció. Poco se figuraba Enrique al decir Lucía otro amor se refería al pequeño que su madre le había dejado como fruto de los amores de su temprana viudez.

Desecha la casa de su madre, retirados los muebles lujosos por su comprador, hubo de recurrir Lucía a una pensión. Afortunadamente, la patrona era una mujer francota en pleno ocaso de su vida, pero conservando aún las ilusiones líricas, que fueron la manía de su juventud lejana. Esta buena mujer, se interesó inmediatamente por aquella joven, bella, soltera y con un niño que ella suponía de Lucía... a pesar de que ésta se lo negaba, sin darle, naturalmente, más explicaciones. Desde el primer día que se hospedó en su casa, se apresuró Lucía a recomendar a la patrona que fuera quien fuere el que por ella preguntase, que le dijera siempre que allí no vivía, ya que no tenía amistades, ni, por otra parte, deseaba hacerlas tampoco.

Pasaron los meses. Nini creció y su compañía era para Lucía el mejor consuelo. Hasta reflexionando, comprendió la soledad de su madre y tuvo piedad para su pecado de amor. El salario que percibía en la casa de los discos bastábale para vivir con relativa holgura y aun podía permitirse el lujo de comprar al pequeño sus juguetes. Al verle, ya mayorcito, recordaba con emoción las primeras horas pasadas con él en brazos, el duro aprieto al tener que fajarle y lavarle y la Providencia que se presentó en su auxilio en forma de una vecina, madre auténtica, que con su ejemplo mudo, le daba lecciones, que ella co-

piaba fielmente, hasta cierto límite impuesto por la naturaleza...

En efecto, la misma mañana en que Lucía por mandato de su madre muerta, se hacía cargo del pequeño Nini, hallóse en un lío del que le era difícil salir. De ninguna manera hubiera salido adelante, a no ser porque al mirar a la ventana de enfrente vió como la vecina, ya más práctica en los menesteres que la maternidad trae aparejados, fajaba y vestía a un pequeño, cuyo llanto era demostración de que precisaba la mano materna que renovara su ropa interior, algo húmeda...

Lucía no tenía otro trabajo que el de imitar los movimientos de la vecina y ahora, con los polvos, luego, con la esponja, fué arreglándose, dando a Nini un aspecto más presentable, después de una rudimentaria toilette.

Pero cuando llegó al tributo máximo, al nudo íntimo que por ley de la naturaleza hace que el primer alimento surja, cual néctar de vida del seno de la madre misma, Lucía hubo de detenerse perpleja... Ella, que no había ascendido aun a la augusta categoría de madre, no podía ofrecer al pequeño la savia bienhechora de su propio cuerpo... la lactancia, y hubo de recurrir al biberón, que a falta de una madre auténtica aceptó el pequeño... Lucía en este punto estaba en evidente inferioridad con respecto a su vecina,

una robusta matrona, cuyo seno ubérmino era manantial de vida y alegría para su pequeno...

Para recompensar los cuidados de la patrona, Lucía la obsequiaba con billetes para la ópera y grande fué la alegría de la pobre mujer el día en que Lucía trajo un pequeño fonógrafo para distraer el pequeño, cuyo juguete aprovechaba la buena hospedera para evocar sus fragmentos de música predilecta, ya que ella se sentía aún con facultades para cantar...

Mas la felicidad solo puede ser de corta duración para los desheredados de la fortuna. Ciento día, que, como de costumbre, se hablaba Lucía en la casa de los discos, atendiendo a los compradores, vióse a un tiempo triste y agradablemente sorprendida. Una orquesta atacaba en la sala de impresiones las primeras notas de la "Canción de Lucía", la obra maestra de Enrique y que éste le había dedicado.

¿Qué había ocurrido? Sencillamente, que Enrique con Ana, su ahora inseparable "partenaire" y su orquesta, habían sido contratados para impresionar en discos la canción de moda, aquella que en los bellos días del amor dichoso el joven compositor dedicara a su compañera de estudios en el conservatorio...

Para colmo de su dolor, Lucía podía dis-

tinguir perfectamente la voz chillona de Ana, que decía:

—Perdone, señor director, pero Enrique es perezoso hasta cuando de su música se trata... Ya sabrá también que nuestras tournées han tenido un éxito fantástico... llenos, aplausos, dinero... pero, por favor, dése prisa, porque dentro de una hora quiero estar en la playa de Ostis, donde me esperan mis amigos...

—Difícil lo veo...—exclamó paciente el jefe del gabinete de impresión.

—Pues no lo crea usted. Con nuestra potente máquina de ocho cilindros...

No faltaba oír más para que Lucía viera definitivamente perdidos sus sueños de amor. Enrique y Ana compañeros, amigos... siempre juntos. ¡Quién sabe si amándose también!

Cometió en aras de la curiosidad, tan femenina, una imprudencia. Asomó la cabeza por la puertecita del cuarto de pruebas, hacia el gabinete de impresión y Enrique la vió...

Inmediatamente corrió a su encuentro. Trató de abrazarla, pero ella le rechazó con pena, pero sin vacilar.

—Pero tú, aquí, Lucía...?

—Sí, trabajo para vivir—respondió ella.

—Pero y tus estudios, ¿los has abandonado?



Asomó la cabeza por la puertecita...

—Sí, todo lo he abandonado, pero he cumplido mi deber...

—Pero explícate, nuestro amor no puede romperse así; nos hemos amado siempre y jamás te he olvidado...

—Me es igual, Enrique; veo que eres feliz y yo no podía darte la alegría, la gloria, como Ana...

—No es cierto, Lucía; tal vez otro amor...

—Sí—respondió ella, ofendida en su dignidad de mujer—. ¡Sí, otro amor, que tú eres incapaz de comprender!...

Sonaban aún los compases de la "Canción de Lucía" y la voz de ésta se ahogaba en su garganta. Con solo un gesto imperioso, ordenó a Enrique que la dejara sola. Este, al ver la decisión de la joven, obedeció...

Pero al ir a franquear la puerta apareció en ella la figura de Ana, que rompió a reir estrepitosamente...

—¡Ah!—dijo entre carcajadas de rabia mal disimulada—. Veo que en lugar de ocuparte de la música, te entretienes con la prosa... ¡Finalmente has vuelto a encontrar a tu gran Lucía...!

Enrique sintióse avergonzado por el proceder de Ana y de un empujón, la hizo pasar por la puerta, acompañándola él también bajo la mirada despectiva de Lucía, que veía alejarse para siempre su felicidad.

Al llegar a su casa, aún debía Lucía resistir otro terrible golpe.

Allí la esperaba Alberto Giordano, el hombre que había sido el último amor de su madre, el padre de Nini.

Al verle allí, su primer pensamiento fué echarlo a la calle y reñir severamente a la patrona por no haber cumplido sus órdenes, pero ésta le atapó diciendo:

—Perdone, señorita Lucía; pero ha insistido tanto, ten'a tanta precisión de hablar con usted, que no he podido disuadirle.

Lucía examinó al recién llegado. Era un hombre corpulento, de figura enérgica, que denotaba al rudo luchador por la vida. Este, sin darle tiempo a preguntar nada, le dijo, con voz mesurada y ademán correcto:

—Señorita, quiero reparar el mal involuntario que haya podido haber hecho a su madre. Soy Alberto Giordano, padre del niño, y vengo a darle un nombre y un porvenir, que he conquistado en ruda lucha en países extraños, con el pensamiento puesto en él.

Pero Lucía al escuchar las palabras de aquel hombre, que fué causa involuntaria de la muerte de su madre, no quería entender el

fondo de bondad que encerraba su argumentación. El recién llegado prosiguió:

Yo solo vivía para la madre de usted. Pero vinieron días malos, las deudas aumentaban, los negocios marcharon mal y hube de huir al Brasil para rehacer mi maltrecha fortuna. Eso es todo y no creo haya en ello nada malo, puesto que vuelvo con leales intenciones...

—Ni yo, ni Nini, necesitamos nada de usted. Mi madre murió de vergüenza y en la miseria. Usted no tiene ningún derecho para quitarme a Nini... que es mi único amor y consuelo.

—Señorita—replicó Alberto—. Usted no puede impedir que Nini tenga un padre; mis derechos han de ser reconocidos por las leyes mismas. Aquí tiene usted mi dirección. La espero con Nini en mi casa. Reflexione... reflexione.

Pero Lucía no se dignó siquiera contestar... el dolor de la madre muerta, que ella creía una víctima de aquel hombre, le impidió aceptar la oferta.

Cuando Alberto hubo partido, dejando una tarjeta encima de la mesa, la patrona se permitió aconsejar a Lucía:

—Deje usted que el niño vuelva con su padre: es hombre serio y además tiene una fortuna.

Secamente respondióle Lucía:

—¡Nini es mío y nada ni nadie me separará de él!

Después, como cada tarde, salió Lucía para la tienda de los discos, buscando en el trabajo el único solaz de su vida...

No hacía mucho que había salido de la pensión, cuando Enrique llamó a la puerta. La patrona, algo desconcertada por la presencia del bello joven, perdió la calma y con su respuesta acabó por confesar que, en efecto, allí vivía Lucía.

—De modo que aquí vive y usted no dejaba entrar a uno de sus amigos de la infancia y compañero de estudios... Soy compositor...

—¡Ah! ¿es usted compositor, joven?... pues yo soy una apasionada de la música; conozco todas las obras y sus autores.

Atacada la patrona en su punto flaco, cualquiera detenía su lengua... Era capaz de contar lo que sabía y lo que se inventara...

En aquel momento el pequeño Nini apareció por el comedor.

Enrique inquirió:

—¿De quién es este niño?...

—Ya verá—contestó la patrona—, la señorita ha mantenido siempre el secreto: el niño es suyo... Precisamente en este momento debe estar en casa del padre...

Enrique miró con infinita tristeza pero sin asomo de odio, al niñito aquel, que por un mal entendido de la chismosa patrona había destruído para siempre su dicha, y sin pronunciar palabra cogió la tarjeta de Alberto Giordano, que aún continuaba sobre la mesa, y salió precipitadamente, sin hacer caso a la patrona, que le ponderaba, entre otra infinitad de cosas, la fortuna del padre de Nini, la voz que aún ella conservaba; en fin, una serie de sandeces que ya para nada le interesaban... Aquella revelación le había traspasado el alma.

Vagó el pobre Enrique por las calles de Roma, sin rumbo fijo, hasta que, dando todo el gas al potente motor de su auto, volvió a la playa de Ostia, donde Ana se hallaba, ya que sentía pasión porque sus amigos la ad-



Pero para Enrique...

mira an ataviada con el leve traje de baño, que dibujaba, al ser mojado por el agua, todo el perfil atractivo y escultural de su cuerpo.

Al llegar a la caseta donde Ana se hallaba, no la vió por allí, y al dirigir su mirada al mar, vió como jugueteaba con varios de sus amigos, que la llevaban en brazos, salvándola del imaginario furor de las olas y lanzando gritos de alegría.

Pero para Enrique aquella mujer frívola y banal había perdido ya todo el atractivo... Al verla coquetear sintió todo el vacío que en su alma había dejado la ausencia de Lucía... No, no era aquélla la mujer que él había soñado; no era la dulce compañera que para su existencia él debía elegir como fuente de su inspiración, como valla para el dolor... Para confortar los momentos de vacilación y de tristeza... ¿Qué notas habían de salir de su estro de compositor, si en su alma la pena había hecho segura presa?... No, no podía amarla; ya el sueño había cesado al abrir los ojos a la realidad... pero tal vez era tarde... Su amor propio herido, le impedía volver a su lado, confesar su error... La duda le desgarraba el espíritu y tenía que convencerse

de que era verdad lo que la habladura patrona le había dicho, vertiendo en su alma el veneno corrosivo de los celos.

A los pocos momentos de haber salido Enrique llegaba Lucía a su casa.

En su espíritu habíase operado un cambio brusco. Estaba decidida a separarse del pequeño Nini, bajo la condición de que éste no carecería de nada. Era el supremo sacrificio, ya que el pequeño era su único amor. No tenía afectos, ni amores: sólo el pequeño Nini, al pasar sus bracitos en torno a su cuello, le hablaba de que algún ser tenía deseos de sentir su tierno abrazo.

Cuando la patrona la vió preparar la ropita del travieso Nini, hubo de decirla:

—Ya sabía yo que acabaría por decidirse a devolver el niño a su padre e irse usted a vivir con él...

Pero Lucía no contestaba... Se hallaba absorta arreglando la ropita y dando un adiós a cada una de las piezas de ropa que ella había cuidado con tanto afán. Algún secreto y poderoso designio parecía alentárla en su tarea. Mas de pronto dijo, venciendo la pena

que había hecho presa en su pecho y que se traslucía en su voz:

—Patrona, tendría usted que hacerme el favor de llevar a Nini a casa de su padre... yo no podría hacerlo... Ahora sí que podrá usted dormir hasta muy tarde, dormir siempre, sin que el niño la despierte...

No se hizo repetir la orden la patrona. Para ella era un servicio ideal, ya que podría introducirse en casa del rico brasileño y fisognear en la mansión y en los muebles. De modo que empezó a emperifollarse, y al cabo de unos momentos apareció hecha una verdadera facha. Su aspecto hubiera movido a risa a Lucía, a no tener el ánimo embargado por tan opuestos pensamientos...

—Estoy muy bien con este vestido, ¿verdad?... Pero no puedo ponérmelo porque Arturo, mi esposo, es muy celoso...

—Bien... ya le autorizaré a que me vea... allí donde yo estaré...

La patrona no pareció comprender el enigma que encerraban las palabras de Lucía, y siguió diciendo...

—No crea la señorita que la haré enrojecer de vergüenza... no, ya sé de sobras cómo

he de portarme en la casa de un gran señor...

—Tenga esta fotografía de mi madre... Cada vez que la mire—dijo Lucía a la patrona—acuérdese un poco de Nini y de mí.

Había en las palabras de Lucía un adiós a la vida, a algo eterno que en su corazón empezaba a faltar... ¡la esperanza!... ¿Qué pretendía la desesperada joven? ¿Qué extrema resolución había prendido en su alma?

Mientras en amargas reflexiones contemplaba el hato de ropa que constituía todo el equipaje de Nini, veamos lo que ocurría en una entrevista, decisiva para los protagonistas de esta novelita.

Enrique, orientado por la tarjeta que Alberto dejara sobre la mesa del comedor de la pensión, se había presentado en casa del padre de Nini, con la equivocada convicción de que él era el amante de Lucía,

Al hallarse en presencia del hombre que él suponía le había robado su amor, le fallaron los nervios y perdió por completo la calma.

—Ciertamente—dijole—, no es justo que usted viva en la opulencia, mientras Lucía, a la que usted ha arruinado, carece de todo y sufre y trabaja para poder mantener a Nini.

—Pero, joven, ¿con qué derecho me interroga usted?... Afortunadamente, conservo mi sangre fría y entiendo que entre los dos existe algún mal entendido...

—No lo creo yo así... Sois un villano y vuestro proceder es indigno...

—Vamos...—dijo Alfredo—tendría gracia que a mí me considerara usted un tenorio... Lo ocurrido es muy sencillo: yo amaba a la madre de Lucía y mío y de ella es el pequeño Nini, a quien por derecho corresponde vivir conmigo. En cuanto a Lucía, le ofrecí vivir en esta casa y ella dignamente rechazó mi protección...

—¿Es eso toda la verdad?—preguntó Enrique.

—Le doy mi palabra de caballero... No tiene usted derecho a dudar de la honesta conducta de Lucía.

Convencido por las explicaciones de Alberto Giordano, se dirigió Enrique a casa de Lucía para pedirle perdón por sus dudas ofensivas y por el calvario que había hecho sufrir a la pobre joven. Corría más que andaba, esperando no llegar demasiado tarde.

En tanto, en la pensión, la patrona se pre-

paraba a salir acompañada de Nini, para llevarlo a casa de Giordano. El pequeño, inconsciente del acontecimiento que se avecinaba, se alegraba ante la perspectiva de la calle y de un paseo.

Había llegado el momento fatal de la triste despedida...

Por fin, tras un diluvio de besos, salió el pequeño con la patrona, vestida con sus mejores galas. Lucía le siguió con la vista, hasta que se perdió en la escalera. Luego, para contemplarlo mejor, al pasar por la azotea... El pequeño y la patrona eran solamente dos puntos negros entre la baráonda del tráfico... En aquel momento las campanas doblaban, confundiéndose sus distintos sones, y ante los ojos de Lucía la ciudad entera empezó a tambalearse... Sus ojos se fijaron con delirio de muerte en las losas de la calle, como atrayéndola... Era la muerte, la liberación, y sin el pequeño no podía vivir...

—No veré más a Nini... no lo veré más— dijo como hablando consigo misma.

Pero junto a ella la voz de Enrique, que en aquel momento llegaba, le contestó oportunamente:

—No llores Lucía; verás a Nini conmigo,
siempre conmigo, solos los dos!

—¿Es posible, Enrique?...

—Sí, Lucía, te debo una explicación; pero
ante todo, te suplico que me perdes...

—Quedas perdonado, Enrique—sólo pudo
decir Lucía, y cayó en brazos del hombre que
siempre la había adorado...

EPÍLOGO

En efecto, sólo este podía ser el final de esta
hermosa "canción de amor".

Enrique no podía amar a Ana, ya que ésta,
coqueta incorregible, le amargaba la existen-
cia constantemente con sus devaneos y eran
continuas las disputas entre los dos, en la
playa, en la calle, en el estudio... En vano
Ana, con sus artimañas de mala ley, trató de
suplicar a Lucía en el corazón del joven
compositor... La canción de Lucía venció y
sus notas, como final de toda desdicha, eran
un canto a un porvenir venturoso.

5

**Han sido los éxitos de
la Cinematografía**

EL DESFILE DEL AMOR (6.^a edición)

BEN - HUR (3.^a edición)

LOS NIBELUNGOS (2.^a edic. agotada)

EL SIGNO DEL ZORRO (4.^a edición,

LOS DOS PILLETES (3.^a edición)

Y TODOS HAN SIDO EDITADOS POR

**BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)**

Pida hoy mismo el Catálogo General que se remite gratis a
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimo-
nes para el certificado. Franqueo gratis.

**¿Quiere usted conocer la vida ar-
tística de sus artistas predilectos?**

Coleccione las biografías publicadas por
BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Antonio Moreno
Ramón Novarro
John Barrimore
John Gilbert
Fred Thomson
Lillian Gish
Charlot
Dolores del Rio
Adolfo Menjou
Janet Gaynor
Buster Keaton
Lon Chaney

**25 CÉNTIMOS
VOLÚMEN**

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona
Si no encuentra en su localidad, remita su
importe en sellos de correo, al Apartado
707 Barcelona

Coleccione usted las célebres
Ediciones BIBLIOTECA FILMS

(Título de la supremacia)

El General Crack

John Barrymore

El Rey Vagabundo

Jeannete Mac Donald

Un Hombre de Suerte

Roberto Rey

Cascarrabias

Ernesto Vilches

Noches de New-York

Norma Talmadge

La Voluntad del Muerto

Antonio Moreno

Las Luces de la Ciudad

CHARLOT

96 páginas de texto selecto

— Portada a todo color —

Precio del tomo **UNA peseta**

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Coleccione usted las célebres 
Ediciones BIBLIOTECA FILMS

(Título de la supremacia)

La Máscara de Hierro (3.ª edición)
Douglas Fairbanks

El Desfile del Amor (6.ª edición)
Maurice Chevalier - Jeannete Mac Donald

La intrusa
Gloria Swanson

Rasputín
Gaidarow

El Capitán de la Guardia
Jhon Boles

Me perteneces
Francesca Bertini

La Fierecilla Domada
Mary - Douglas

Su Noche de Bodas
Imperio Argentina

96 páginas de texto selecio

— Portada a todo color —

Precio del tomo **UNA peseta**

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el envío **anexo gratis**.